



NOTAS A PIE DE CAMA

LA ALFERECIA

La alferecia era un mal liviano que aquejaba a la mujer decente, la perfecta casada y las señoritas de escasos medios antes de la guerra. La alferecia era un desmayo pasajero y de buen gusto que ejercitaba la dama cuando el marqués iba a pronunciar la frase definitiva, acusatoria y verídica: «Eres una cualquiera, Petra».

Luego, gracias a la Sección Femenina, la gimnasia del sexo débil, las womens lib y doña Mónica Plaza, la alferecia desapareció del repertorio femenino y nuestras mujeres más enteras, más ~~hechas~~, más hombres, ya no se desmayaban nunca. Verónica Luján, un suponer, jamás se permitirá una alferecia, mas he aquí que Rocío Jurado, que parecía tan mujerona, tan mujeraza, tan virilmente femenina, ha resucitado el uso finisecular, exquisito y reaccionario de la alferecia:

—Me desmayé en brazos de Pedro—ha comunicado a la prensa el otro día.

La alferecia, dentro de la dialéctica

tradicional femenina, era el recurso al absurdo, la huida por la puerta falsa, la explotación de la debilidad femenina. Cuando ellas se veían entre la espada de la acusación y la pared de la alcoba, tenían una alferecia. La alferecia, la jaqueca y otros achaques permitían a la mujer alienada y con rulos no proseguir la coherencia dialéctica de un discurso a nivel de raciocinio, sino apelar a la ruptura irracional y el argumento desconcertante del misterioso sexo femenino, versátil como las mareas y la luna.

Hay que decir que la española de hoy se desmaya mucho menos, no se desmaya nada, y nuestras jais se han hecho duras para la dialéctica con el jefe, con el novio, con la relación prematrimonial o con Spartaco Santoni. Y mire usted por dónde la Rocío Jurado, tan gachona ella, que diría el señor Lerroux en sus tiempos, vuelve al arte mendaz, suspirón y reaccionario de la alferecia.

Vamos, que se cae de cursi ■ LORD.

CONSEJOS PRACTICOS DE BELLEZA

EL DEBITO CONYUGAL

Los abogados, que son unos sucios, querida lectora, le llaman el débito conyugal al acto reproductor (o con pildora) dentro del matrimonio, y parece que es el hombre, el casto esposo, quien le debe algo a la santa esposa. El entrega su óvulo y ella entrega su óvulo, y en tanto hacen la transacción, suelen comentar el nuevo empapelado que le van a poner a las paredes del cuartito estar, o lo que ha subido la vida. El débito conyugal, gen-

til lectora, afea mucho a la mujer, porque nada cansa tanto como tener ganas sin tenerlas, de modo que a la mañana siguiente te saldrán patas de gallo, ojos de Emilio Romero, ojeras de marqués de Santo Floro y callos en los pies. Practica, en bien de tu belleza, la castidad en el matrimonio, tan cantada y recomendada por los padres de la Iglesia. Y ya lo resolverás con el lechero.

